

Discurso de apertura del Sínodo – Roma, 2 de julio de 2012

Queridos Padres Abades Presidentes,
Queridos Padres y Madres Sinodales elegidos por el Capítulo General,

Os saludo con agradecimiento al inicio de este XVII Sínodo Ordinario de la Orden Cisterciense, el primero que voy a presidir como Abad General. Saludo a los miembros que ya han participado en el Sínodo y, de modo especial, a los nuevos. Entre los Presidentes el único miembro nuevo que puedo saludar es Dom Sixtus Dékány, Abad de Zirc, porque tres Abades Presidentes y una Abadesa Presidente están representados por quien os habla, en calidad de Pro-Presidente o de Comisario Pontificio.

Saludo a los nuevos Padres y Madres elegidos: Dom Raphael Bouchard de Rougemont, Dom Jean-Baptiste Tran Van Chuyen de Phuoc-Ly, Dom Christian Feurstein de Rein y Madre Luciana Pellegatta de Cortona. Dom Christian es delegado del Abad Wolfgang Wiedermann, Presidente de la Congregazione Austriaca.

Saludo a la Abadesa Eugenia Pablo que representa a Madre María del Mar Martínez, Presidenta de la Congregación de Castilla que, desgraciadamente no ha podido venir por motivos de salud.

Saludo a Madre Olga Horvath de Kismaros que participa como primera sustituta en lugar de Madre Gertrude Schaller, y P. Stefano Zanolini, Prior de Chiaravalle, que sustituye al P. Bernard McCoy.

Creo que este Sínodo, con sus presencias y sus ausencias, refleja bastante bien la realidad actual de nuestra Orden, su renovación, pero también sus problemas, sobre los que trataremos de aconsejarnos y ayudarnos en estos días. La Orden nos ha confiado una responsabilidad pastoral de juicio y de decisión que estamos llamados a ejercer con verdad y caridad, de modo que la Orden pueda continuar su camino con mayor confianza en Dios y mayor solidaridad fraterna entre todos.

Por lo tanto, nuestra preocupación debe ser la verdad y belleza de nuestra vocación, es decir, ayudarnos a escuchar la voluntad del Señor sobre nosotros y sobre nuestros hermanos y hermanas en el mundo. ¿Qué “Sígueme” nos dirige Cristo hoy en día? ¿Dónde nos quiere llevar? ¿De qué cosas nos pide que nos alejemos? ¿Cómo quiere que caminemos tras Él?

Si no existe esta preocupación prioritaria y de fondo, nuestro reunirnos será parecido a un consejo de administración del mundo. Quizá consigamos organizar mejor algunas cosas, resolver ciertos problemas, pero no avanzaremos en el seguimiento de la adhesión a Él, y, por lo tanto, en la posibilidad de dar fruto: “Quien permanece en mí y yo en él, da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada.” (Jn 15,5)

Esta preocupación por la fidelidad es la que nos hace sensibles a “lo que el Espíritu dice a la Iglesia” (Ap 2,7).

Esta expresión concluye el juicio y los consejos que el Señor resucitado dicta a Juan a través del ángel de la Iglesia que está en Éfeso (Ap 2,1-7). Cristo reconoce lo positivo de esta Iglesia: “Conozco tu conducta: tus fatigas y tu paciencia; y que no puedes soportar a los malvados y que pusiste a prueba a los que se llaman apóstoles sin serlo y descubriste su engaño. Tienes paciencia y has sufrido por mi nombre sin desfallecer” (2,3). La comunidad de Éfeso es, por lo tanto, trabajadora, generosa, hace sacrificios por Cristo, y se afana por purificarse de lo que es malo o mentiroso en medio de ella. Un poco como el nuevo gobierno en Italia... Pero al Señor no le basta esto: “Pero tengo contra ti que has perdido tu amor primero” (2,4).

Todo puede ir bien, pero si falta esto, todo es en vano, y la vocación de esta Iglesia no se cumple, no se realiza. En efecto, el Señor añade: “Date cuenta, pues, de dónde has caído, arrepíentete y vuelve a tu conducta primera. Si no iré donde ti y cambiaré de su lugar tu candelero” (2,5).

Una Iglesia que no alimenta su luz a la llama del primer amor por Cristo, de la preferencia de Cristo, se apaga, y no tiene ya sentido que permanezca en su lugar de candelero, es decir, como portadora de la luz de Cristo en el mundo.

Lo que el Espíritu dice a las Iglesias se concentra, por lo tanto, en la llamada a convertirse para adherirse siempre de nuevo a la vocación fundamental de cada persona y comunidad eclesial: la de arder con el fuego del primer amor por Cristo y transmitir de este modo a todos su luz, su calor.

Nunca nos repetiremos lo bastante que si el carisma de san Benito y de los primeros Cistercienses permanece vivo y fecundo, solo acontece en la medida en que en sus candeleros, que transmiten este don del Espíritu, arde esencialmente la preferencia a Cristo sobre todas las cosas (cfr. RB 4,21; 5,2; 72,11). Y los candeleros son las Iglesias, las comunidades, cada persona en particular investida por este carisma.

Esto es lo que debemos tener vivo y presente al tratar de la vida y problemas de la Orden durante estos días. De otra forma, nos veremos reducidos a sentirnos orgullosamente satisfechos por aquello que va bien, y, en mayor medida, a deprimirnos por lo que no funciona, y esto no sirve ni para nosotros ni para nuestros hermanos y hermanas de la Orden.

En seguida haré la relación sobre el estado de la Orden, pero puedo anticipar que encuentro por todas partes un gran deseo de volver al amor primero de Cristo, y me doy cuenta cada vez más que esto es y será la base sobre la que se decidirá el futuro de nuestra Orden, es decir, su mayor o menor vitalidad,

independientemente de los datos estadísticos, sociológicos, culturales, psicológicos y económicos que podamos constatar.

En el *Exordium* de Cîteaux se nos relata el brotar de nuestro carisma, leemos: «Veintiún monjes salidos juntamente con el padre del monasterio, Roberto, de santa memoria, con un mismo parecer se esforzaron por llevar a cabo, de común acuerdo, lo que en un mismo espíritu habían concebido. Y después de los muchos trabajos y extremadas dificultades que han de padecer los que quieren vivir piadosamente en Cristo, finalmente alcanzaron su deseo y llegaron a Cister, que entonces era un lugar de horror y una vasta soledad» (Cap. 1).

«Vivir piadosamente en Cristo Jesús» (2 Tm 3,12): este es el fin profundo del paso de los primeros cistercienses. No se trata, evidentemente, de llegar a ser piadosos y devotos, sino de poder vivir verdadera y profundamente en Cristo, prefiriéndolo a todo, porque la piedad es el sentimiento de adoración que se nutre en los encuentros con Dios, y de quien nos genera en Él.

El tema que el Consejo del Abad general ha sugerido para este Sínodo es: **“La comunidad como lugar de formación humana y monástica. Papel de los superiores, de los formadores y de la comunidad.”**

¿Qué vínculo existe entre la formación y la preferencia de Cristo?

Si verdaderamente el corazón del carisma benedictino-cisterciense es la preferencia de Cristo, el no tener nada más querido que Cristo, una formación es para nosotros verdaderamente humana y monástica si forma para esta preferencia. Porque Cristo es la verdad cumplida del hombre, y prefiriéndole a Él, el hombre elige y acoge la plenitud de sí mismo.

Como escribió el beato Juan Pablo II en su primera encíclica *Redemptor Hominis*: «El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor (...) revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es – si se puede expresar así – la dimensión humana del misterio de la Redención. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad. En el misterio de la Redención el hombre es ‘confirmado’ y en cierto modo es nuevamente creado» (*RH* n. 10).

No se forma adecuadamente la vocación humana y monástica, en nosotros y en los demás, si no se forma para la preferencia de Cristo, en todos los ámbitos y campos de formación y educación, inicial y permanente, inherentes a nuestra vida consagrada.

Tener presente este fin permanente y último de la formación, nos ayuda a orientarnos a través de todas sus etapas, a discernir las modalidades, a corregir las desviaciones, a respetar siempre la libertad y los tiempos de cada uno. Nos ayuda a no concebir la formación como un amaestramiento formal. No se forma solamente corrigiendo exteriormente, pellizcando en las manos de los que se aferran a algo prohibido, sino acompañando el corazón del otro hacia su dilatación en el amor de Cristo, acogido y donado. San Benito promete, en efecto, la dilatación del corazón antes de describir todo el camino educativo y formativo en su «escuela del servicio del Señor» que es la comunidad monástica (cfr. RB Pról. 45-50).

¿Nuestras comunidades son lugares de formación en la dilatación del corazón en la predilección de Cristo? ¿Cómo podemos llegar a serlo cada vez más y mejor? ¿Y cómo podemos ayudarnos en esto a nivel de la Orden, de las Congregaciones, de los grupos de monasterios? ¿Cómo ayudarnos entre los superiores, entre los formadores? ¿Qué elecciones nos pide dicha tarea? ¿Qué se opone a ello? ¿Qué nos impide vivir esta preferencia con libertad y alegría?

Son preguntas que veo surgir y arder en mí y en muchos miembros y superiores de la Orden, a menudo sin demasiada esperanza de poder verdaderamente ir muy lejos en esta tarea y vocación, y de poderlo asumir en fraterna comunión con la propia comunidad. Sin embargo, constato que la amistad entre los responsables puede ser una gran ayuda para no perder esta esperanza, para uno mismo y para los demás, y a arriesgar, por encima de todo, en el camino.

En la Orden Cisterciense, como en todas las demás Órdenes y en toda la Iglesia, existen dificultades, problemas, miserias. Pero me parece, y aquí anticipo un poco las conclusiones sobre cómo veo y percibo el estado de la Orden, que el punto crucial sea precisamente la preferencia de Cristo a todas las demás cosas, y el formarnos juntos en esta preferencia.

Últimamente he leído el intenso y dramático relato de John Steinbeck, titulado *The Pearl* (*La perla*). Se trata de la historia de la pobrísima familia de un buscador de perlas mexicano, enfrentado, como todos los pobres y oprimidos, por los poderosos del mundo, con graves problemas que requieren mucho dinero. Un día, el destino parece responder a su gran necesidad y le hace pescar una gran perla, como un huevo de gaviota, la perla más grande del mundo. Todo parece resuelto, la perla le dará tanto dinero que todos los problemas de su familia serán pronto olvidados, y podrán vivir en paz, coronando todos sus sueños, sobre todo el del futuro de su hijo. Pero la perla, en realidad, desencadena en torno a esta pequeña familia todos los males, la envidia, la violencia, la mentira de la sociedad en la que viven, y hará entrar este mal también en sus corazones, en las relaciones entre él y su mujer. La mujer entiende en seguida que la perla es una maldición, y suplica al marido que se libere de ella, que la tire al mar, que la rompa. Pero el marido continúa soñando con todo el bien que esta perla puede reportarle a él y a sus

seres queridos. Llegará a decir a su hermano: «Esta perla se ha convertido en mi alma (...). Si la abandono, perderé mi alma» (Cap. 5). Solo cuando por salvar esta perla pierde lo que más quería en la vida, su hijo, se liberará de la perla. Pero ya es demasiado tarde, porque sin sacar provecho de la perla, ha perdido todo.

¿Cómo no comparar este relato con la brevísima parábola de Jesús sobre la perla preciosa? «El reino de los cielos se parece a un mercader en perlas finas, que encontrando una de gran valor, va, vende todo lo que tiene, y la compra» (Mt 13,45-46).

La perla que Cristo nos pide recibir no es una perla para vender y comprar todo, sino una perla para comprar vendiendo todo. No es la solución de todos los problemas de la vida, sino lo que da sentido a toda la vida, también a los problemas, también a la pobreza, también a carecer de todo. Y, en el fondo, en esta parábola el reino de los cielos no es la perla en sí, sino el mercader que busca, que la encuentra y renuncia a todo para poseerla. El reino de los cielos es la preferencia de este hombre por la perla, que simboliza el Don de Dios, el amor de Dios, la presencia y la amistad de Cristo.

Perdonad si comienzo el Sínodo con estas imágenes en cierto sentido provocadoras, pero pienso que es importante que nos ayudemos a comprender qué podría significar para la vida de nuestra Orden, en cuanto a los problemas que tenemos, en la formación que promovemos.

Me pregunto, cada vez más, si ciertos problemas que arrastramos desde hace años, tanto aquí en la Casa General, como en diversas Congregaciones o comunidades en particular, no podrían ser una perla maldita de la que esperamos todo y que, al contrario, nos está privando de lo esencial...

¿Qué perla elegimos, por qué perla vivimos? ¿Cómo podemos ocuparnos de las cosas de este mundo, de qué debemos más bien ocuparnos, sin perder la perla del Reino?

Quizá sería precisamente el ayudarnos más, el poner más en común estas cosas, estos problemas, como ya hacemos, lo que nos ayudaría a no renunciar a la perla justa, porque, en el fondo, la verdadera perla del Reino es nuestra comunión fraterna en Cristo, su caridad entre nosotros.

En este clima y deseo de comunión, declaro abierto el XVII Sínodo de la Orden Cisterciense.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist